

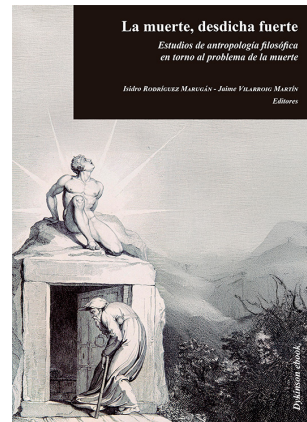
## Recensiones

RODRÍGUEZ MARUGÁN, Isidro y VILARROIG MARTÍN, Jaime (eds.): ***La muerte, desdicha fuerte. Estudios de antropología filosófica en torno al problema de la muerte***, Dykinson, Madrid 2025, 456 pp. ISBN: 979-13-7006-909-4.

El volumen editado por Isidro Rodríguez Marugán y Jaime Vilarroig Martín reúne numerosas contribuciones que exploran el tema de la muerte desde múltiples perspectivas. La división temática ilustra cómo se aborda el tema desde diferentes puntos de vista y sensibilidades, facilitando así la lectura: primero, "Fenomenología y hermenéutica de la muerte", seguido de "Filosofía española ante la muerte", "Filosofía y el enigma de la muerte", "Tanatoética y ciencias de la salud" y, finalmente, "Arte, muerte y cultura".

En el trabajo de Enrique Bonete Perales, se subraya significativamente el papel que desempeña la "mortalidad" en la constitución del ser humano: escribe que "El desarrollo de la 'animalidad' meramente instintiva y la entrada gradual en la 'humanidad' reflexiva se producen, en mi opinión, por el impulso que origina en nuestro cerebro la profunda conciencia de nuestra propia vulnerabilidad y mortalidad" (p. 168). Mediante lo que el autor denomina el "Principio de mortalidad", es posible interpretar gran parte de la historia de la metafísica: tanto la conciencia del paso del tiempo como el reconocimiento de la aniquilación humana "provocaron el impulso intelectual de filósofos relevantes en la construcción de diversos conceptos ontológicos" (p. 169), hasta tal punto que puede afirmarse que la raíz del pensamiento griego se desarrolló a partir de la conciencia de estas realidades fundamentales. El autor añade entonces una aclaración importante: todo esto no significa que la muerte sea el único tema de la filosofía, ni siquiera el principal. La filosofía es, ante todo, una meditación sobre la vida, pero, al mismo tiempo, "no es posible pensar en la vida a menos que esté incluida en ese contenido reflexivo del Principio de Mortalidad, que ilumina el final ineludible al que todos nos enfrentamos tarde o temprano" (p. 171).

José V. Bonet-Sánchez, inspirándose en algunas tesis de Tugendhat y Nagel, pretende referirse a "la propia muerte" en primera persona, como corresponde a un análisis filosófico. La muerte puede representarse mediante la metáfora de la cancelación de la conciencia, sin embargo, en todos estos casos es como estar "viendo" la escena, pensando en ella: no puedo estrictamente "no-estar" en ella absolutamente. Si esto no



es un malentendido, esta cancelación de la conciencia es, en realidad, el primer objeto de temor. Sin embargo, si la propia muerte no puede representarse realmente, “¿qué puede significar ‘pensar en’ ella o vivir en relación con ella?”. Ciertamente no significa pensar en ella todo el tiempo. Lo que sí se puede decir, sin embargo, es algo muy relevante con respecto al significado que la vida puede adquirir en relación con la muerte: “la propia muerte tiene un valor individualizador y singularizador”. El autor aclara esta afirmación y explicita su significado al recordar cómo “la muerte unifica y da forma final a ese conjunto plural y disperso de actividades, preocupaciones, objetivos, intereses y supuestos con los que nos involucramos en nuestra vida; todo lo cual puede adquirir una importancia secundaria” (p. 245).

El tema del libro también se analiza desde una perspectiva artística y cultural: el ensayo de Albert Moya Ruiz aborda el tema de la “muerte del arte”, célebremente teorizado por Hegel, aclarando su significado preciso y describiendo sus repercusiones en el campo antropológico y las diferentes interpretaciones que se han ofrecido. Según Hegel, no hay nada más bello que el arte clásico, pero con la llegada del cristianismo, la forma artística ya no es capaz de expresar adecuadamente lo absoluto: esto conduce a un proceso de “disolución” del arte en favor de modos de comprensión más adecuados. Por lo tanto, como señala el autor del texto, “el diagnóstico hegeliano del carácter pasado del arte no implica en ningún caso su desaparición, sino más bien su superación en términos de su capacidad para expresar lo absoluto” (p. 371). El arte toma un giro subjetivista y autorreferencial, perdiendo así la función comunitaria que antes desempeñaba. Por un lado, se orientará hacia las formas de “arte para”. El arte por el arte como un fin en sí mismo. Por otro lado, algunos comentaristas han señalado que el diagnóstico de Hegel se refiere a su mundo y su época, y por lo tanto no debe entenderse como automáticamente aplicable al nuestro, en el que, en cambio, el arte parece estar recuperando su función social (véanse las pp. 376-377).

Estas perspectivas, junto con las diversas voces que se alternan a lo largo del volumen, permiten al lector sumergirse en un examen matizado y analítico de un tema crucial, al que no siempre se le presta la debida atención en los estudios especializados. Los editores del volumen, I. Rodríguez Marugán y J. Vilarroig Martín, junto con sus colaboradores, han arrojado más luz sobre este tema, de la que podemos beneficiarnos provechosamente.

Nicolò TARQUINI

nicolotarquini@virgilio.it

Pontificia Università Lateranense